

Acerca de la personalidad y el Carácter (1).

1.—LA DEFINICIÓN Y DELIMITACIÓN FENOMELÓGICA.

Definimos la personalidad como el sistema de las disposiciones individuales dominantes según el cual se ordena y manifiesta la vida anímica de cada sujeto en lo que respecta a su espontaneidad, a su impresionabilidad y a su modo de reaccionar distintivos, con cierto grado de coherencia y con mayor o menor conciencia e intención del yo. El análisis de esta definición nos permitirá ahondar en lo que ofrece de inteligible nuestro peculiar ser anímico-espiritual, la entidad metafísica de cada hombre, en sí inalcanzable y cuyo estudio desborda la esfera del conocimiento psicológico y en general de la ciencia. Como es sabido, la personalidad es objeto de conocimiento de diversas disciplinas filosóficas. Es claro que aquí la consideramos sólo desde el punto de vista psicológico, sin llegar al extremo, preconizado por algunos investigadores contemporáneos, de atribuir a la "caracterología" entidad de disciplina independiente. El criterio en que se basa tal separación, según HELWIG, es que la psicología investiga los procesos anímicos en sus relaciones internas, en corte transversal, con actitud indiferente

(1) El contenido de este artículo forma parte de un trabajo que aparecerá próximamente en forma de libro.

respecto de las instancias anímicas y la valoración, mientras que la caracterología considera el alma en su enfrentamiento con la existencia, en corte longitudinal, en el conflicto creador de sus fuerzas con el mundo y en el valor positivo y negativo de sus manifestaciones. Pero la psicología que hoy se constituye y que nosotros tratamos de promover no sólo es fenomenológica, estructural y de superficie sino también dinámica, genética, integral y práctica, con lo cual desaparece la diferencia que se pretende erigir. Así determinada la materia de nuestro estudio, pasamos a examinar el detalle de la definición propuesta.

1.º Que la personalidad sea el sistema de las disposiciones individuales dominantes, importa reconocer un fondo de constancia intrínseca peculiar al sujeto que no se confunde con la totalidad de sus fenómenos anímicos. En efecto, mi personalidad es algo a la vez más estable, diferenciado, profundo y original que mi actividad consciente de cada momento, y constituye un aspecto del conjunto de mi vida psíquica, aspecto formal por excelencia. Esto último es lo que pretendemos significar al decir que la personalidad es un sistema, esto es, un modo o conjunto de tendencias rectoras de la economía de la existencia individual. Todo estado o acto psíquico se manifiesta como revelación de algo que preexiste, de una condición nativa o potencia latente: el fenómeno no surge sino gracias a la actualidad de un resorte virtual de ser. Esta condición germinal es la disposición, facultad que esboza direcciones determinadas, medios de acción especiales y ámbito más o menos definido de vida anímica posible. Las disposiciones constituyen un sistema tanto por tener una base o fuente generatriz común, cuanto por hallarse en relación unas con otras de suerte que sus manifestaciones forman un conjunto en incesante proceso

de integración. Este sistema varía de un sujeto a otro según la serie de las disposiciones que se destacan en lo que respecta a su calidad, su vigor y persistencia: tal es la conelación singular dominante de la armadura personal íntima.

2.º El sistema de disposiciones que forma la personalidad tanto ordena cuanto pone de manifiesto el modo de ser de cada sujeto. Esto entraña una distinción de dos aspectos de la personalidad: el de superficie y el de fondo. En efecto, la personalidad se pone en evidencia a lo largo de la vida según las circunstancias del destino individual, sin que jamás se logre vaticinar con certeza qué resortes entrarán en función ante nuevas situaciones de importancia ni se pueda conjeturar cómo habría sido la conducta de una persona si las condiciones de su formación fuesen radicalmente distintas a las históricas. Lo que ya se ha puesto de manifiesto y lo que podrá ponerse en evidencia no concuerdan siempre o no concuerdan del todo. Estos dos aspectos guardan entre sí una relación comparable con la que existiría entre la *natura naturata* y la *natura naturans*, entre lo objetivado y la virtud creadora, entre lo explícito y lo implícito, ya que la vida vivida es cosa finita, inconmensurable con la vida, infinita en materia de posibilidades. La palabra "carácter" se aplica de ordinario con una y la misma extensión que personalidad. Como observa KLAGES, carácter puede mostrar un animal, una planta, hasta un objeto inanimado, pero sólo el hombre posee personalidad. KLAGES considera también que la personalidad es inseparable de la conciencia del yo, lo que es justo; mas, a nuestro entender, la particularidad esencial de ella es su índole germinal inexhausta. En condiciones óptimas el observador de fuera y el propio yo pueden aprehender las cualidades del carácter, positivas o negati-

vas, y formar una idea más o menos realista de su entidad, pero ni uno ni otro disponen de datos suficientes para abarcar en toda su riqueza los recursos de la personalidad no puestos aún a prueba por el destino. Por tales razones llamamos **carácter**, en sentido estricto, a la personalidad manifiesta, al porte adquirido.

3.º La personalidad no es, como se la define ordinariamente, sólo el modo de reaccionar individual, ni consiste en la suma de diferencias de la mentalidad de un sujeto respecto de los demás o del término medio. Es inherente a la personalidad tanto lo distintivo de la espontaneidad y de la impresionabilidad cuanto la manera de reaccionar a las influencias externas de cada hombre. Aquí la impresionabilidad se refiere especialmente a la vida afectiva, así como la espontaneidad y la reacción conciernen al dominio de las tendencias instintivas y la voluntad. Lo que se puede llamar el común denominador de estos aspectos de la actividad anímica es la experiencia vivida de la valoración que viene a ser como la causa final de los actos personales. Todo ser humano enfrenta la realidad con una actitud no puramente objetiva y neutral, sino con el alma abierta al mundo de lo atrayente y de lo repelente: es impresionado fundamentalmente por aquello que la cosa o la situación le ofrece de bien o de mal, por espontáneo movimiento apetece y realiza valores, y de esta suerte así como de manera reactiva ejecuta acciones significativas para su vida y para su espíritu — cada uno según su propia y singular escala de predilecciones. Gracias a la actitud valorativa el individuo no sólo se inserta con nexos vitales en su ambiente circundante particular sino que con su estimativa se remonta también a la ordenación espiritual del mundo y de la existencia, en que cada cual tiene que cumplir decisiones absolutamente perso-

nales. Desde este punto de vista la personalidad es, como postula ALLERS, “aquella ley de preferencia de valores basado en la cual el hombre individual ajusta su acción”. Con semejante criterio la investigación psicológica ofrece la posibilidad de penetrar la verdadera naturaleza del carácter. Ciertamente, es un camino difícil de recorrer con éxito en la práctica, pero fuera de él no hay acceso a la substancia de la personalidad, lo que no ocurre con los métodos de la psicología diferencial. En efecto, la verificación de diferencias o grados de variación individual en las diversas funciones psíquicas, sobre todo las más accesibles a los experimentos de laboratorio y a las pruebas de la psicotecnia, nada importante ofrece para el conocimiento real del carácter de un hombre determinado. La experiencia confirma a diario la esterilidad en esta materia de los simples repertorios de diferencias según el tipo de la llamada “ecuación personal” y de las correlaciones establecidas sobre la base de la aplicación de cuestionarios. El núcleo de la personalidad es inaccesible a tales procedimientos superficiales y mecánicos. “Esta psicología diferencial trata de reconstruir al individuo a través de la yuxtaposición de atributos generales, pero con eso jamás llega hasta el individuo; lo que ofrece son meras piezas, falta el vínculo espiritual” (NOHL).

4.º Decimos que la personalidad manifiesta cierto grado de coherencia, lo cual equivale a reconocer en ella integración orgánica susceptible de ser comprendida. La conducta del hombre normal, a pesar de la complejidad del contenido y de las formas de su vida anímica, con su accidentado comercio con el mundo temporal y las dificultades de su articulación con el del espíritu, muestra al observador una conexión fundamental e inconfundible, de manera que su conjunto representa la expresión más o menos imperfec-

ta de una unidad. La personalidad encarna precisamente ese sistema unitario de la dirección general de la vida anímica subjetiva, ese régimen de constancia cualitativa en la movilidad de la acción multiforme, esa determinación de la continuidad y la consecuencia de cada ser humano a lo largo de su historia. Como toda unidad viviente, la que nos ocupa carece del rigor propio de los contornos de una cosa o de la coordinación de un sistema mecánico, y no excluye la variedad, las divergencias y hasta los antagonismos intestinos. “La unidad del alma humana — observa a este propósito PFAENDER — no está constituida por sus partes, órganos y territorios, sino que es el mismo fundamento portador de su multiplicidad. La unidad del alma es pues de hecho (no en el orden temporal) lo primario frente a su multiplicidad”. Esto no obsta para que la unidad personal, ante todo unidad de estilo, se perfeccione con nexos adquiridos en el curso de la existencia. La misma formación de la personalidad es un proceso gradual de afirmación de la vida anímica unitaria: el niño pequeño carece propiamente de personalidad; las disposiciones que en él predominan son las varias y a veces discordantes de la simple constitución psicofísica, condicionada por la herencia. Sólo en el curso del desarrollo se esboza y define la organización de la personalidad, hasta cierto punto sintetizando lo disperso y acordando lo divergente de la plenitud original. Por eso las particularidades del modo de ser de un niño a menudo son explicables, mas no comprensibles. La susceptibilidad de comprensión del carácter es correlativa con la coherencia de sus manifestaciones. Incluso algunos psicólogos destacan esto como lo esencial. Así JASPERS define la personalidad diciendo que es “el conjunto de las relaciones comprensibles de la vida anímica, variables de un individuo a otro”, o como “el todo de

las relaciones genéticas comprensibles" de un sujeto. Nosotros no somos tan radicales. En nuestra definición hablamos de cierto grado de coherencia, lo que equivale a una comprensión relativa, pues en la dinámica de la personalidad intervienen factores insospechados y originales asociaciones de tendencias que muchas veces no se revelan ni al propio sujeto, aunque sea perspicaz en el autoanálisis. Así, por ejemplo, el giro especial del carácter de una persona puede ser interpretado satisfactoriamente sólo con ayuda del conocimiento de la vida del padre o de la madre, que mostrará la misma peculiaridad en la época correspondiente. Como veremos después, es innegable que hay manifestaciones genuinas de la personalidad dependientes estrictamente del patrimonio hereditario e ininteligible sin el conocimiento de los datos relativos al mismo.

5.º La mayor o menor conciencia e intención del yo es el último aspecto de nuestra definición. En cierto modo, la personalidad tiene en el yo su centro, en el doble sentido de que, no sin limitaciones, domina la perspectiva del modo de ser personal y de que ejerce influencia determinante sobre la actividad de éste. Yo me vivo a mí mismo como entidad constante y punto de referencia en medio del contenido cambiante de mi experiencia y yo también me vivo como agente determinativo de ciertas transformaciones que se operan en la economía de mi ser. No son por completo aislables una de otra estas fases de la realidad subjetiva, pues la conciencia de sí no sólo corresponde a una verificación estática del propio modo de ser, sino que entraña actos de nacientes autoconfiguración: lo que me parece que soy o puedo ser es ya una dirección para que yo, en cierto modo, sea así de inmediato y activamente, con todas sus consecuencias. Esta influencia plasmadora es particularmente manifiesta en las



graves situaciones, en los momentos críticos y decisivos de la existencia.

La relación del yo con la personalidad — que no es en rigor la relación de la parte al todo—tiene una serie de aspectos, entre los cuales deben señalarse los siguientes: el sentimiento de la personalidad, la conciencia de los valores personales, el conocimiento de uno mismo, el ideal de la propia persona, la autocrítica y el dominio de sí mismo. El sentimiento de la personalidad no depende tanto de la influencia directa de nuestras disposiciones nativas cuanto de la huella dejada por la experiencia relativa a la interacción entre nuestra personalidad concreta y los acontecimientos de nuestro destino. Es un sentimiento, siempre algo vago, que se constituye y diferencia a lo largo de la vida, con períodos de equilibrio y períodos de inseguridad, con intensificaciones y debilitamientos, con ilusiones y falseamientos, tanto más auténtico cuanto más fundado en los efectos de la vida activa. Es difícil de distinguirlo del sentimiento de los valores de la personalidad. Como se sabe, estos son los valores más concretos y diferenciados, de cuya plenitud y variedad apenas puede percatarse uno mismo. La revelación de los valores que encarna la personalidad, al igual que el sentimiento de sí mismo, depende en parte apreciable de las vicisitudes de la existencia, sobre todo de la educación, en que la valoración — explícita o implícita — que hacen de nosotros los demás es a veces de incalculables consecuencias, incluso para la constitución del carácter. Y tanto la revelación o no revelación de valores personales cuanto la estructura de su conjunto — organizada en el curso de la formación espiritual del individuo — influyen sobre la autovaloración efectiva y a la vez son influídas por ella. De ahí que el sentimiento de valer propio de un sujeto se confunda fá-

vilmente con las manifestaciones de su afán de valer, el cual puede ser tanto mayor cuanto menor sea el propio valer real: el sentimiento íntimo de una exigua significación personal obra en este caso como aguijón sobre las tendencias egotímicas, desenfrenándolas.

El conocimiento de uno mismo, en el sentido psicológico, es un proceso cuya objetividad asequible — siempre limitada — depende de la aptitud para la intencionalidad reflexiva y del saber acerca del hombre en general. Aquí, como siempre, la aprehensión de lo individual es inseparable de la inteligencia de lo universal. Es una tarea forzosamente imperfecta, con un margen de ilusión que nadie puede medir y cuyas ventajas y peligros escapan a la previsión. El procedimiento menos inseguro es el cotejo de los propósitos y pronósticos subjetivos con la acción real en el curso histórico de la vida personal. El único experimento que cabe en esta materia es el preconizado por GOETHE: "Trata de cumplir tu deber, y al momento sabrás qué hay en tí". La imperfección del conocimiento de sí mismo se comprueba con el hecho de que a menudo los demás pueden prever con más acierto que uno la conducta en una situación determinada.

El ideal de la propia persona, producto de las aspiraciones más íntimas y de lo que se admira sin reservas en materia de bienes subjetivos, es la figura cuya presencia espiritual contribuye a organizar la actualidad de cada cual, por lo menos en situaciones particularmente importantes para la estima propia. Este ideal puede corresponder no sólo a los deseos íntimos sino también a las posibilidades de autorrealización. En este caso es el incentivo eficaz del desenvolvimiento armónico de la personalidad. En el caso contrario, es sólo un papel que se anhela desempeñar, "un mito vivido" capaz de falsear toda la organización de la personalidad y

su inserción en el mundo real. En lugar de aprehender bienes auténticos y de situarse en la sociedad efectiva de los hombres, el sujeto construye entonces un sistema artificioso de ficciones, que no ilusionan del todo ni al propio agente. La autocrítica sería el mejor antídoto contra tal desviación, si la incapacidad para ejercitarla no fuese una de las condiciones del nacimiento de ésta. En efecto, la tendencia al autoembellecimiento engañoso predispone ya a juzgarse erradamente a sí mismo y a desconocer las efectivas posibilidades intrínsecas. Igual cosa ocurre cuando intervienen condiciones de la personalidad opuestas a las señaladas: desconocimiento de la propia entidad por exceso de autocrítica, dependiente de una valoración negativa o minimizadora de sí, anexa al apocamiento o a otra condición afectiva semejante.

La injerencia de la intención del yo en el funcionamiento de la personalidad se muestra de manera revelante en los actos de dominio de sí, de autodisciplina, de vencimiento interior, de autoeducación. Con el ejercicio reflexivo de la voluntad el sujeto determina la dirección de la actividad personal conforme a exigencia del espíritu o a modelos de conducta que requieren oponer resistencia a determinadas tendencias, especialmente de naturaleza vital.

2.—ESTRUCTURA GENERAL DE LA PERSONALIDAD.

La vida anímica toda funciona como una estructura y no como una suma de elementos; es una actividad a la vez compleja y unitaria, cuyos fenómenos, estados y direcciones se relacionan y penetran recíprocamente en una totalidad original. La personalidad presenta más acentuado este carácter orgánico, esta ordenación íntima: en ella lo parcial se ajusta estrechamente al funcionamiento del todo, y las

fuerzas en juego manifiestan sobresaliente jerarquía de planos. En efecto, aunque en la actividad psíquica general de un individuo se relacionan la percepción, el pensamiento, la memoria, los sentimientos etc., el nexo no es tan íntimo como el que se advierte entre los rasgos del carácter. Esta diferencia puede expresarse diciendo que la idea de unidad se cumple mejor en la conformación de la personalidad que en el resto de la vida anímica.

La estructura general de la personalidad se estudia desde dos puntos de vista: uno analítico, que atiende a la distribución de las propiedades o rasgos en que puede descomponerse, y otro sintético, que mira a reducirla a un mínimo de conjuntos o planos de integración.

1.º **Propiedad o rasgo** es toda actitud definida inherente al sujeto y manifiesta en situaciones más o menos determinadas. No decimos que sea constante porque su manifestación puede ocurrir tanto de manera continua cuanto frecuente o rara, según la naturaleza y las circunstancias. Lo esencial es que se muestra la misma en igualdad de circunstancias. Su regularidad se reconoce con la observación prolongada del sujeto en condiciones múltiples. Hay rasgos de fácil verificación, por ser marcados, dominantes, estables o superficiales, y los hay poco asequibles a causa de su debilidad, de su dependencia, de su inestabilidad o de su profundidad. Es tarea del investigador, con resultados nunca definitivos, establecer la serie de propiedades del carácter, su gradación, el modo como mantienen su entidad y como se insertan en la estructura. Da idea de la multiplicidad de los rasgos el inventario hecho por BAUMGARTEN: "hemos llegado — dice — a señalar 1629, de los cuales 941 son expresados con adjetivos (en lengua alemana) y 688 con sustantivos (igualmente en alemán). 536 del número total tie-

nen una existencia doble, como adjetivos y como sustantivos, así las expresiones caracterológicas propiamente dichas se reducen a 1093". Con respecto a la clasificación de las propiedades del carácter todavía no disponemos de una plenamente satisfactoria. Entre las más sencillas y fundadas sobresale la de KLAGES, que las distribuye en cinco grupos con estos títulos: materia, trabazón, cualidad, tectónica y aspecto. Examinemos lo esencial de semejante distribución.

a) La **materia** comprende todas las aptitudes o capacidades personales, como memoria, comprensión, sagacidad, fuerza de voluntad, tino etc. Se trata de dotes, tanto intelectuales cuanto del sentimiento y de la voluntad, cuya índole y cuyo vigor diferencian a cada sujeto de los demás. La materia de la personalidad no es comparable con la *tabula rasa*, según lo pretendieron los estoicos antiguos y sensualistas ingleses, como si por naturaleza todas las mentes fuesen iguales y sólo la educación y las demás acciones del ambiente imprimiesen las diferencias. Sin embargo, KLAGES aprovecha tal metáfora comparando la personalidad de los diversos hombres a tablas de material diferente: la de uno es como hecha de cera, la de otro como de madera, la de un tercero asimilable a la piedra etc., de acuerdo con la "huella" de las influencias de fuera, cuya fuerza, forma y persistencia varían con los sujetos. El conjunto de la materia del carácter es comparable también con un capital con el que se puede trabajar, transformando las aptitudes (salvo las afectivas) en habilidades. Es peculiar a esta clase de propiedades el hecho de que por sus consecuencias, se prestan a ser graduadas cuantitativamente por el observador.

b) La **trabazón** incluye propiedades estructurales como el alma abierta, inquieta, perturbable, sosegada, templada,

apagada o apática, la índole móvil y rápida o lenta e inerte. Estas propiedades no tienen una relación inmediata con las del grupo anterior; así, una voluntad fuerte puede acompañarse de un temperamento fogoso o frío. Si se parangona la trabazón con las propiedades de la substancia inanimada, se dirá que la vida anímica personal tiene densidad mayor o menor, fluidez grande o pequeña, tal o cual grado de consistencia, pues se refiere a disposiciones que deciden del curso o proceso de los cambios íntimos. Los efectos de esta clase de disposiciones también pueden medirse *grosso modo*, refiriéndolas a dos factores opuestos: impulsión y resistencia, cuya proporción es susceptible de figurarse en forma de cociente. De ahí que KLAGES llame a las disposiciones de trabazón propiedades proporcionales, y señale tres clases: a)

la relativa a la voluntad, cuya fórmula: $EV = \frac{FT}{R}$, enuncia

que la excitabilidad de la voluntad es directamente proporcional a la fuerza de las tendencias instintivas e inversamente proporcional a la resistencia; b) la correspondiente a la

afectividad, representable así: $ES = \frac{VS}{PS}$, comporta que

la excitabilidad del sentimiento es directamente proporcional a su vivacidad e inversamente proporcional a su profundidad; c) la propia de la exteriorización, o sea de la expresión corporal voluntaria e involuntaria, que KLAGES (introduciendo confusión en su propia nomenclatura) llama

“aptitud” de exteriorización, cuyo símbolo es $AE = \frac{EV}{RE}$,

significa que está en razón directa de la excitabilidad de la

voluntad y en razón inversa de la resistencia a la exteriorización. Lo esencial es que en cada uno de estos tres aspectos hay una constante personal de la excitabilidad. KLAGES relaciona en forma muy sugestiva las posibilidades de las constantes *a* y *b*, según que sea mayor el dividendo o el divisor, con los tipos de la división clásica de los temperamentos. De estos nos ocuparemos en la parte concerniente a la tipología.

c) La **cualidad** — el aspecto más importante del carácter desde el punto de vista práctico — comprende las propiedades de dirección, por las cuales cada personalidad se mueve hacia fines determinados con mayor o menor intensidad y persistencia: es idiosincrásica una constelación privilegiada de móviles o “intereses”. El sistema de los móviles comprende un gran número de disposiciones, que KLAGES divide en dos categorías: de liberación y de sujeción, cada una de las cuales comprende tres grupos: móviles espirituales, móviles personales y móviles sensuales. Por lo demás, cualquiera amplia clasificación de las tendencias instintivas, de las inclinaciones y las pasiones llena el mismo fin, siempre que tome en consideración la actividad volitiva, con sus diversas maneras de ejercicio según las características personales. Las consecuencias de la relación de los móviles entre sí puede ser comparada a la de las propiedades proporcionales. En efecto, cuando en la cualidad coexisten — hecho corriente — dos móviles opuestos, como en la trabazón, el resultado verificable se deberá, *ceteris paribus*, sea al poder de uno de ellos, sea a la debilidad del antagonista. En general, hay cierta oposición entre los móviles de liberación (próximos al instinto) y los móviles de sujeción (próximos a la voluntad y a la razón).

d) A la **tectónica** de la personalidad pertenecen todas

aquellas propiedades que son consecuencia de la relación existente entre los rasgos de los otros grupos. Las propiedades en general, según son ellas mismas y unas frente a las otras, en su original coexistencia, dan al conjunto nuevas propiedades que no son mero efecto de la adición: así surge el equilibrio, la proporción, la fijeza, la madurez y las características opuestas. Según esto, la personalidad puede tener una tectónica unificada, coherente, armoniosa, otra la tendrá falta de unidad asequible, discordante o hasta desgarrada; asimismo, hay texturas firmes, inestables, marcadas, imprecisas etc.

e) El **aspecto** incluye las propiedades del carácter relativas a lo más exterior y manifiesto. Corresponden al aspecto modos de ser humanos tales como el del hablador, del jactancioso, del atrevido, del desenvuelto, del tímido, del lagotero, del entrometido, del devoto. Se trata de disposiciones de actitud o sea de rasgos esenciales de una especie determinada de la manera de comportarse. Estas propiedades del aspecto son incontables, principalmente a causa de sobresalir a la observación más superficial. De ahí que la descripción de los caracteres humanos comenzó con el aspecto. TEOFRASTO, autor de la primera obra sobre esta materia, según el fragmento de ella que ha llegado hasta nosotros, describe treinta tipos a base de otras tantas propiedades saltantes, casi todas relativas al aspecto. Las profesiones y las condiciones sociales, las épocas y las naciones contribuyen a su variedad. Sin embargo, conviene distinguirlas cuidadosamente de las falsas propiedades, apariencia engañosa de las efectivas.

2.º La segunda manera general de estudiar la estructura de la personalidad es atendiendo a los **planos de integración**. Pese a la unidad del ser humano, no todo es con-

vergencia y cabal integración en su vida anímica. Por el contrario, en lo más unificado de la misma, la personalidad, existen propensiones divergentes, antagonismos y conflictos, infinitas formas de tensión, contraste y polaridad. La especulación metapsicológica se esfuerza vanamente en reducir toda la multiplicidad de oposiciones y antagonismos intestinos a un dualismo simple: del alma y el cuerpo, del espíritu y la vida, del yo y el ello, del instinto y la voluntad, de lo consciente y lo inconsciente — como si no hubiera contrariedad también dentro de cada una de estas entidades así como concordancias y colaboración entre los pretendidos extremos. La actividad psíquica ofrece la paradójica coexistencia de unidad y pluralidad, la armonía de tensiones opuestas” (HERÁCLITO). Aunque no hay par de aspectos capaces de constituir la fuente única de toda psicomatéria, es innegable que la vida anímica se relaciona con dos mundos diferentes: el corporal y el espiritual, entre los cuales se divide lo que figuradamente podemos llamar su contacto. Este doble frente tampoco agota el origen de las diferencias intestinas, pero sí comprende gran parte de ellas. Tratándose de la personalidad, los planos correspondientes a estos frentes son el temperamento y el *ethos*. Muchos psicólogos no incluyen el temperamento en el dominio de la personalidad y más bien lo oponen a ella o al carácter. Pero, siguiendo a JULIUS BAHNSEN y a otros investigadores, consideramos infundada la exclusión, y más aún, artificiosa e inconveniente. Sin las propiedades dependientes del organismo, el estudio de la personalidad perdería su base, de la misma suerte que el sacrificio del *ethos* lo privaría de su relieve. Semejante criterio es, sin embargo, explicable, pues elimina las mayores dificultades para tratar el carácter como un todo cerrado y homogéneo, dificultades que son el

reflejo de una innegable polaridad de principios de ordenación: el de la dependencia de lo vital y el de la orientación autónoma según lo intemporal. La idiosincrasia no se aprehende sin aceptar esta distinción de planos, que es hasta cierto punto una abstracción, ya que la personalidad se manifiesta en experiencias vividas, en actos, en expresiones y acciones cuya realidad entraña la integración del temperamento y el *ethos* en una síntesis siempre original e irreducible. Sin olvidar esta noción fundamental, cuya importancia relevaremos ulteriormente, consideremos aquí lo peculiar de cada uno de los planos.

a) El **temperamento** comprende, en primer término, las particularidades formales de la vida afectiva y su exteriorización: excitabilidad, fuerza, ritmo y duración; en segundo lugar, la calidad o color de los estados afectivos vitales; y, por último, la constelación individual de las tendencias instintivas relacionadas con la vida del propio cuerpo. El temperamento es el plano pático de la personalidad; el sujeto lo vive pasivamente, como que en realidad no depende de la voluntad cambiarlo, sino refrenar sus manifestaciones y, con el concurso de la experiencia, hasta cierto punto, fomentarlas y diferenciarlas de un modo determinado. La estructura de la personalidad en este plano es predominantemente causal (dentro de los marcos de la teleología de la vida), pues el temperamento se origina en la constitución: cada organismo humano tiene la suya, relativamente invariable. Sin embargo, el temperamento refleja no sólo la influencia de lo corporal, sino una tensión y un acordamiento entre lo fisiológico y lo anímico. Los médicos antiguos, desde HIPÓCRATES, derivaban el temperamento de los humores; los contemporáneos lo refieren a toda la actividad química del cuerpo y en especial a los sistemas reguladores de su econo-

mía: el nervioso vegetativo y el de las secreciones internas. Esto es lo que KRAUS llamó “persona profunda” y BRAUN “persona vital”, cuya doble faz recalca BÜRGER-PRINZ: “por un lado el ser vital es vivido como cimiento motor y dinámico de la persona, con ese se ajusta a los marcos de estilo y a la ley de valor de la personalidad; por otro lado, de lo vital emana la unión inmediata con el mundo viviente en general, por ende, en lo ilimitado, la participación vital, según la excelente expresión creada para esto por PRINZHORN”. La investigación moderna ha puesto de manifiesto que la constitución particular del sistema nervioso vegetativo y de las glándulas de secreción interna — que, como es sabido, tienen relaciones funcionales recíprocas — influye sobre el tipo de complejión y sobre la *forma mentis*, de modo que existe cierta correlación entre la figura corporal y el temperamento. Al ocuparnos de la tipología señalaremos lo que hay de más efectivo e importante en esta materia.

Desde un punto de vista general, es legítimo el concepto de una biotipología en que se considere las correlaciones químico-nerviosas entre lo somático y lo psíquico, pero es prematuro señalar una división anatómica del carácter, como quieren KLEIST, EWALD y otros, localizando sus diversos aspectos en determinadas regiones del sistema nervioso central. Es igualmente infundado y simplista atribuir únicamente a la actividad de determinadas glándulas de secreción interna, como la tiroides, la paratiroides, la suprarrenal, las sexuales, la hipófisis, precisas e invariables repercusiones sobre la manera de vivir la experiencia y reflejarla en la acción. Ningún médico ignora hechos como éstos: que el hipertiroidismo, con el aumento del metabolismo de base y la excitación de la parte simpática del sistema nervioso vegetativo, acelera el ritmo psíquico y acrecienta la excitabili-

dad de las emociones; que la mengua de la actividad de la corteza suprarrenal disminuye la resistencia al trabajo físico y mental; que la castración (en la mayor parte de los casos, no siempre) rebaja el tono de los sentimiento viriles. Pero sería insensato afirmar un perfecto paralelismo entre la actividad de las diversas glándulas del individuo y los aspectos de su idiosincrasia, y peor aún insinuar que con el conocimiento del “tipo endocrino de la personalidad” se puede “explicar el pasado del sujeto y predecir sus reacciones futuras, de las misma manera que con la fórmula química de un compuesto se conocen sus propiedades”, según la temeraria tesis de LOUIS BERMAN (*The glands regulating personality*, New York, 1922). Con razón KRONFELD califica estas construcciones fantásticas de “metafísica endocrina”. La falsa ciencia a la manera de BERMAN da al mundo una literatura abundante, uno de cuyos extremos más corrientes y lamentables es la prolija interpretación de los personajes a base de unos cuantos datos biográficos y algunos retratos. En oposición a tales excesos de la endocrinología popular se levanta la crítica de la verdadera endocrinología en estas palabras de NICOLA PENDE: “las hormonas son unos de los factores que regulan el desarrollo de nuestra personalidad, pero no crean nuestra constitución somática y mucho menos nuestra constitución orgánica, porque actúan en un terreno sobre el cual actúan también otras condiciones reguladoras. Ante todo, las hormonas actúan sobre los tejidos que, por su estructura y reactividad de origen hereditario y de ambiente, pueden responder o no responder a los estímulos hormonícos que llegan a ellos con la sangre, o responder de un modo cuantitativa o cualitativamente diverso de aquel que sería de presumir según la acción fisiológica conocida de las diversas hormonas. Además, las hormonas actúan sobre los

tejidos en colaboración por lo menos con otras tres condiciones reguladoras de los tejidos mismos: la condición neurovegetativa, las vitaminas, en fin, no podemos excluir una condición reguladora de la vida de todos los tejidos influidos por las hormonas, y sobre todo una condición reguladora de las funciones más altas del cerebro, o sea ese *quid* misterioso que llamamos conciencia o psiquis”.

b) Así como el temperamento es la región de la personalidad relacionada íntimamente con el propio cuerpo, el **ethos** (2) constituye la esfera de comunicación con el mundo ambiente, abierta a la influencia del espíritu, influencia que se hace sensible, “espíritu objetivado”, gracias al proceso de la cultura. Según esto, el “ethos” comprende la estimativa y la voluntad en su variante personal. El “ethos” es gnóstico, se dirige a los objetos según direcciones determinadas por la intuición de las esencias. Aunque no puede existir y obrar sin las tendencias del temperamento, tiene el poder de orientarlas, promoverlas y sujetarlas a las normas que aprehende. Gracias a su intervención, el hombre es capaz de actitudes y porte consecuente con el ejercicio de la libertad y la conciencia de ser responsable frente a los acontecimientos que le depara la realidad natural y cultural. Cada persona enfrenta su ambiente y las situaciones de acuerdo con las peculiaridades de su estimativa y de su voluntad, tan constantes como las psicofisiológicas de su temperamento. La estimativa varía de un individuo a otro en una serie de aspectos, entre los cuales se destacan: la perspectiva de valores asequibles, el sis-

(2) Usamos este término en el sentido caracterológico y no en el estrictamente moral. “Ethos” se ha usado desde la Antigüedad como equivalente de “carácter”. Según parece, ya HERÁCLITO lo empleó en este sentido, como la parte espiritual del alma individual.

tema de preferencias, la tendencia valorativa dominante, la jerarquía de los valores y el sumo bien o fin último, la concepción de la vida. Las características personales de la voluntad son inseparables de la estimativa, pues ésta le ofrece el sistema peculiar de motivos, que no es otra cosa que “la valoración individual efectiva o dirección habitual de valor que guía la autodeterminación del hombre” (SPRANGER). Sin embargo, aparte de la amplitud y el orden personal de los motivos, el ejercicio de la voluntad depende en cada sujeto de varias condiciones íntimas, idiosincrásicas, algunas de las cuales son de considerable importancia, como la mayor o menor presteza para la decisión y la ejecución, el grado de autonomía o heteronomía en la deliberación y la acción, la persistencia en el esfuerzo, la fuerza de voluntad y el estilo del querer. Estas últimas requieren ser definidas. La fuerza de voluntad es la aptitud para concentrar y ajustar el esfuerzo necesario para realizar los actos y tareas correspondientes a las exigencias de la situación y a los principios e ideales que profesa el sujeto, venciendo tanto las resistencias externas cuanto las internas. Dicho de otro modo, es la facultad de perseguir y lograr fines con trabajo íntimo en actos volitivos originales y no con meras manifestaciones de querer abreviado, débil o habitual. (3). La fuerza de voluntad no tiene nada que ver con el esfuerzo exterior ni con una pretendida “cantidad de energía” empleada. LERSCH ilustra esto con un simil admirable: la voluntad actúa a la manera de una lente que concentra en un foco los rayos del sol que la atraviesan: así como la lente no es fuerza o energía sino un aparato eficaz para convertir la luz en fuego, así la vo-

(3) *Vide* “Psicología general y psicopatología de la voluntad”, *Revista de Neuro-Psiquiatría*, 1939, N.º 1, p. 14.

luntad tampoco es una fuerza sino un instrumento formal de la acción. El estilo de la voluntad puede definirse como la manera particular del ejercicio del querer en lo que atañe al ritmo de la prosecución y la actitud dominante, tanto íntima (impulsividad, contención, dominio de sí mismo, auto-disciplina, rigor consigo mismo, adhesión a máximas etc.), cuanto externa (activa, resistente, impositiva, luchadora, pasiva, moderada, acomodaticia etc.). Al tratar de la tipología completaremos estos datos e indicaremos lo esencial acerca de la variedad etológica de las estructuras individuales en materia de estimativa.

La estructura del "ethos", a diferencia de la propia del temperamento, es una estructura comprensible desde el punto de vista de la configuración de los fines espirituales, del ajuste de la vida subjetiva al mundo de los valores, las ideas, las normas. Es una estructura cerrada y coherente, pues, según el principio formulado por SPRANGER, "en cada fenómeno espiritual está de algún modo inmanente la totalidad del espíritu".

A pesar de la diferencia de la estructura dominante en cada plano de la personalidad, no puede desarticularse uno de otro, pues se penetran íntimamente: cada uno es aspecto fundamental de toda la realidad anímica, aparente u oculto en las diversas manifestaciones de la vida concreta del hombre. Es ilustrativo el hecho de que KLAGES, pese a su tesis metafísica de que el espíritu es adversario del alma y de la vida, acepte que en el hombre no hay ningún sentimiento que carezca de color valorativo. Mejor dicho, el análisis descompone la integridad del carácter como si el alma racional y el cuerpo no constituyesen una unidad en el ser del hombre, siendo así que existe un recíproca dependencia cualita-

tiva entre ambos: "*ipsam dispositionem corporis sequitur dispositio animae rationalis*" (TOMÁS DE AQUINO).

Esto nos lleva a examinar un inconveniente de la distinción de sólo dos planos — temperamento y "ethos" — en la estructura de la personalidad. Algunos partidarios de la estructura estratigráfica distinguen tres planos. Así, HOFFMANN considera como plano intermedio entre el de las tendencias vitales y el del espíritu, el anímico de los sentimientos que tienden hacia objetos determinados; y ROTHACKER coloca entre el estrato del yo y el del ello, el de la persona, formado en el curso de la vida por el influjo del yo. Este plano medianero tiene la ventaja de contener en sí aspectos del carácter que no se pueden adjudicar de modo concluyente ni al temperamento ni al "ethos", como son las tendencias instintivas y los sentimientos dirigidos que no atañen al propio cuerpo ni a valores espirituales. LERSCH, quien distingue sólo dos planos, adjudica al que sirve de base a la personalidad, "fundamento endotímico", tanto los estados afectivos corporales y vitales, cuanto los del yo y los dirigidos o motivados, y las tendencias transitivas así como las reflexivas; en cambio, en la "superestructura de la vida anímica" sólo comprende la voluntad y la "superestructura noética" (pensamiento e inteligencia). Sin embargo, en todas estas distribuciones, como en la nuestra, siempre subsiste el problema de deslindar los planos. Lo esencial es distinguir, en cada manifestación concreta del sujeto, lo que es claramente propio de cada plano definido y lo que queda en situación dudosa.

3.—EVOLUCION DE LA PERSONALIDAD.

La personalidad se estructura en el curso de la vida individual a partir de un confuso estado original de impresio-

nes, tendencias y acciones elementales, bastante inconexas desde el punto de vista psicológico. Aunque tempranamente el individuo manifiesta un modo de ser peculiar, en el devenir de su existencia experimenta metamorfosis, ora graduales, ora bruscas, que no son meramente circunstanciales ni al azar. Al contrario, su conjunto aparece en parte apreciable como un proceso de crecimiento, de diferenciación y de configuración. Todo hace pensar que el despliegue de la personalidad en el tiempo compone una formación con sentido orgánico, con su ley propia, de modo que desde el principio hasta el fin obrase una finalidad trascendente a la composición de cada etapa. Sin embargo, nuestros conocimientos todavía son muy vagos en este dominio de la psicología, pese a la importancia de los hechos y a la enorme especulación evolucionista de todo un siglo. Por eso hemos de contentarnos con esbozar algunas indicaciones generales acerca de los modos de variación de la personalidad en el curso de la vida, de la unidad formal de su desenvolvimiento y de los períodos en que éste se divide.

1.º La personalidad entraña un equilibrio siempre móvil en que aparecen nuevas condiciones para la manera como el sujeto se siente a sí mismo, determina su acción y se deja influir por el ambiente. En este dinamismo debe distinguirse ante todo las simples fluctuaciones de la verdadera metamorfosis del carácter. La **fluctuación** o alternación de meros estados del modo de ser individual, se debe al ritmo fisiológico de la constitución y a la periodicidad de las tendencias instintivas: se trata de una sucesión más o menos previsible de estados de ánimo y de modos de espontaneidad o reacción, que se repiten en orden y tiempo a menudo invariables. De manera menos característica, las fluctuaciones pueden ser debidas a la repercusión de los aconte-

cimientos exteriores sobre el "ethos" o a fases de su maduración.

La verdadera **metamorfosis**, o cambio irreversible de la estructura del carácter, tiene dos formas: la modificación y la crisis. La **modificación**, transformación progresiva y más o menos imperceptible, se debe tanto a procesos endógenos del temperamento cuanto al despliegue de la estimativa y al ejercicio de la voluntad. Aquí la predisposición decide el resultado, no sin la participación de la experiencia, pues con ésta la personalidad adquiere carácter histórico: la adquisición de nuevo contenido, la asimilación de lo objetivo por lo subjetivo, repercute diferenciando específicamente el sello personal, según veremos con más precisión en la parte de la dinámica del carácter.

La **crisis** puede compararse a una revolución, tanto por la intensidad de los fenómenos cuanto por el peligro que entraña para el equilibrio y el desenvolvimiento ulterior de la personalidad. Aparte de que todo desarrollo apareja la posibilidad de crisis, y aparte de que unos individuos son más propensos que otros a sufrirlas, cada una de ellas puede ser originada de manera inmediata principalmente por factores corporales, como la propia de la pubertad, o principalmente por factores espirituales, como la anexa a la desorientación valorativa por pérdida de la fe. Lo más importante desde el punto de vista evolutivo es que estas conmociones pueden ser la condición necesaria para que entren en vigor ciertas propiedades del carácter. Toda crisis comporta la quiebra de una disposición o un equilibrio de disposiciones hasta entonces firme y eficaz en la economía de la personalidad. "La situación de crisis — describe HEISS — se produce cuando sentimientos fuertes y definidos chocan con nuevos (e inconciliables) movimientos afectivos... No es el proceso de

la transformación como tal lo que repercute, sino el hecho de que en ese proceso desaparece también una parte de nuestro yo vigente; perdemos terreno anímico que poseíamos, mientras que con el nuevo sentimiento todavía no estamos nada ciertos de poder apreciar y seguir el movimiento del nuevo yo que surge, y de saber dónde nos lleva". Mejor que precisar que es un yo lo que desaparece y un yo lo que nace, sería decir que una forma anímica se rompe y otra pugna por sustituirla, pues es inherente al yo el conservarse en el cambio, así como variar en su persistencia.

2.º Las metamorfosis del carácter tienen una dirección, un sentido determinado: realizan la **unidad formal de la personalidad en el tiempo**. Pues el desenvolvimiento no consiste sólo en crecer en función con la edad y adquirir nueva substancia; consiste también en la formación de un orden en devenir, con la sucesión necesaria de etapas, de suerte que lo propio de cada una de éstas no es la causa de la siguiente sino la expresión de la potencialidad del conjunto, o, dicho en lenguaje aristotélico, el despliegue de la personalidad es manifestación de las cualidades inherentes a su antelequia como causa final y formal. Esto no excluye la influencia del ambiente, sino que la presupone; toda evolución de la personalidad es ecológica, depende de las circunstancias naturales, sociales (muy especialmente de las familiares) y culturales. Esta influencia es destino para el sujeto tanto por su repercusión del momento cuanto por los modos de reacción que ha provocado en el pasado y las expectativas que crea para el porvenir. La actividad de las disposiciones puede ser promovida y acelerada, inhibida, dificultada o desviada por la acción del medio. Las últimas eventualidades no tienen forzosamente consecuencias definitivas, sobre todo en naturalezas vigorosas o respecto a dis-

posiciones importantes, pues, según arguye STERN, “si determinados rasgos de una fase son reprimidos en su momento por las circunstancias exteriores — como el instinto del juego en la niñez, el examen de sí mismo en el comienzo de la pubertad—, entonces la entelequia interior de toda la persona puede hacer que tales fenómenos de desarrollo sean recuperados en un momento en que parece regir ya otra fase muy distinta”. Por otra parte, en la evolución de la personalidad, que es comparada muy justamente con una melodía, ciertas disposiciones desempeñan, por lo menos en parte, una función transitoria — declinan después de su expansión que cumple un fin—; en cambio otras se refuerzan continuamente por su propia potencialidad o por efecto del ejercicio o el hábito. En fin, las propiedades adquiridas pueden no manifestarse explícitamente aunque sin desaparecer de la estructura de la personalidad: se hacen subconcientes. Ya FRÖBEL sostuvo que las primeras fases del desarrollo permanecen eficaces más tarde, y que el hombre hecho conserva algo de niño. En este sentido es legítimo distinguir el carácter actual de la personalidad latente, así como afirmar un intercambio más o menos continuo entre ambos: a medida que aumenta la edad del sujeto crece la personalidad latente a expensas de la actual, cuyas reservas utiliza en ocasiones para las cuales no bastan los recursos del carácter manifiesto. El intempestivo vigor o la declinación inadvertida de ciertas disposiciones puede ocasionar una crisis especial de la personalidad. El hecho es que entonces el individuo vive subjetivamente la organización previa de su carácter como si no hubiese mudado; y actúa según esa impresión engañosa. En este caso la conciencia de la personalidad — que JASPERS distingue de la conciencia del yo — resulta falsa, inadecuada, lo cual es capaz de desencadenar una conducta in-

tempestiva y un círculo vicioso de reacciones perturbadoras del equilibrio anímico.

3.º Los grandes períodos evolutivos de la personalidad corresponden a los de la vida del hombre: la niñez, la adolescencia, la edad adulta y la senectud. La duración de cada uno y de sus fases, así como sus peculiaridades, varían con la raza, el sexo, la constitución individual y el medio. Por eso la edad de nuestras referencias corresponde a un término medio y los caracteres que señalaremos sólo serán los más generales y frecuentes en el individuo normal. a) No se puede hablar de personalidad en la infancia, apenas de esbozos del carácter, pues el sujeto la adquiere gradualmente. En la niñez, a partir de los 2 años, se observa señales de intención en los actos, si bien domina todavía, y hasta varios años después, la participación vital con los seres del ambiente, esto es, el predominio, en la experiencia vivida, de lo práctico sobre lo gnóstico, (4) con diversas formas de identificación del propio ser, sobre todo en el juego, con las personas y las cosas. Hacia el cuarto año aparecen las manifestaciones de la llamada primera pubertad, con la propensión a oponer resistencia a los mandamientos y prohibiciones, el afán de imponerse y la tendencia a la obstinación, personificando en sí la autoridad de los mayores. Al declinar la primera pubertad se produce una fase de menor intranquilidad y de menor egocentrismo, en que medra la aptitud para el esfuerzo personal, fase que alcanza su apogeo en la madurez del niño, la cual principia alrededor de los 7 años. Sólo entonces se hace patente una relativa continuidad en la formación del "ethos": una actitud receptiva y comprensiva frente a los valores, con eficacia en la conducta, y manifestacio-

(4) Vide "Psicología general y psicopatología de la percepción", *Actualidad Médica Peruana*, 1935, N.º 4.

nes con sentido de responsabilidad, esfuerzo en la labor seria y síntomas inequívocos de conciencia de las normas de la vida moral. Todo esto todavía hasta cierto punto dentro de las particularidades casi impenetrables del alma del niño, habitante maravillado de un mundo infinitamente valioso, cuya experiencia *sui generis*, intensa y efímera en cierto aspecto, con la frescura del primer contacto se abre a todas las significaciones asequibles, sin distinguir bien lo objetivo de lo subjetivo, ni lo real de lo irreal y menos aún los valores, las normas y las leyes, de los seres y las acciones en que se encarnan. El niño vive sin mayor continuidad histórica, casi diríamos con eternidades sucesivas, un mundo no diferenciado en esferas sistemáticas y modos de ser definidos. Cumplidos los 9 años, comienza la **preadolescencia**, que dura hasta el fin de los 12. Con el incremento de la conciencia del deber prospera la inclinación a la conducta práctica y seria, al par que desaparece el egocentrismo y el eudemonismo ingenuo. El deseo de saber, el interés por orientarse en la realidad inmediata, a la vez que la pasión por las cosas lejanas y el espíritu de aventura, encuentran fácil camino, pues antes ha comenzado ya a manifestarse — y progresa lentamente — la aptitud para distinguir lo efectivo de la ficción. En resumen, durante la niñez, época de gran plenitud interior, se oponen la fantasía y la adaptación a la realidad; alternan períodos de imitación con un período medio de rebeldía y obstinación; y progresa gradualmente la intuición de los valores espirituales y su incorporación en la conducta, así como la tendencia al esfuerzo eficaz de uno mismo y cierto grado de conciencia de las propias posibilidades en la esfera de los principios, normas y exigencias ideales, aprehendidos más o menos esquemáticamente. En la **preadolescencia** — dominada por el sentimiento simple de

confianza en sí mismo y de fresca adhesión a la realidad — la actitud seria ante la vida y el inquirir entusiasta sustituyen al juego y al ensueño mágico.

b) El segundo gran período de la evolución de la personalidad es la adolescencia, que dura aproximadamente desde los 13 hasta después de los 20 años. La personalidad se modifica entonces fundamentalmente con la aparición del instinto sexual y una nueva actitud frente al mundo y respecto del propio yo. La nota dominante de esta época, sobre todo durante la **pubertad**, es el íntimo sentimiento de inseguridad, de imperfección y de penuria subjetivas, unido o en conflicto con el afán de orientarse en las complejidades del propio ser, del mundo real y de la esfera espiritual, que se presentan al sujeto como otras tantas fuentes de problemas y de perplejidad. A la mentalidad plácida, unificada y vuelta a lo externo, propia de la preadolescencia, sigue un estado espiritual inquieto, analítico y caviloso. El sujeto no se basta ya a sí mismo, anhela una entrañable relación con el alma ajena. Entonces se agudiza la conciencia de la propia personalidad y de la propia autonomía — SPRANGER llama a esta fase de “descubrimiento del yo”. La desproporción y el conflicto son las características de casi todos los movimientos anímicos del púber. Luchan la vitalidad y el espíritu, la realidad y la utopía, la sujeción y la libertad el yo concreto y el yo ideal, el caos interior y la visión del orden y la jerarquía, la sed de comunión y la proclividad al aislamiento, la audacia y la timidez, el entusiasmo y la congoja. La pubertad es también un período de desobediencia, obstinación y rebeldía, al principio mayormente en dirección transitiva, contra los demás, sin desmedro de una acentuada inclinación estimativa de los valores encarnados en las otras personas y de un impulso, no siempre consciente, de imitar a los modelos pre-

feridos. Al fin de la pubertad la obstinación se vuelve mayormente reflexiva, dirigida contra sí mismo, aunque la valoración se endereza hacia el propio mundo interior y aunque el sujeto busca para sí la consideración ajena. Con el fin de la pubertad, alrededor de los 16 años, termina la crisis y se inicia una fase de relativa tranquilidad y coherencia, durante la cual se destaca la actitud de intención organizadora de la propia existencia conforme a un ideal, a la vez que con sentido práctico (la vocación, la forma de vida preparatoria de una ocupación definitiva). El joven intuye los valores, no sólo como forma sino como materia y contenido que tiende a incorporar, propende a adunar lo positivo y lo intemporal, a configurarse a sí mismo con la substancia que le ofrese el porte de las personas prominentes de su ambiente y los arquetipos de su panorama cultural. En este período de síntesis, el instinto sexual y el "eros" logran su adecuada conjunción en el caso de ser normal el desarrollo. En otro lugar hemos puntualizado la importancia de este proceso para el porvenir de la persona (5). Ahora sólo recalcaremos que la sensualidad tiene considerable importancia en la formación de la personalidad, no tanto como instinto aislado, cuanto por la manera como es vivida anímicamente por el sujeto — de la misma suerte que la vida genital y amorosa del adulto recibe su sello del conjunto de la personalidad. Se ha exagerado mucho la trascendencia de los cambios somáticos en la evolución del adolescente, como si las inmensas transformaciones de su mentalidad fuesen simple reflejo de la actividad de las hormonas. SPRANGER ha refutado de manera lapidaria tal error. No repetiremos sus argumentos, pues basta señalar la circunstancia, bien conocida, de que en los

(5) "Psicología general y psicopatología de las tendencias instintivas", *Revista de Neuro-Psiquiatría*, 1938, N.º 3, pp. 319-320.

casos de *pubertas praecox*, anormalidad que ocurre incluso en la infancia y los primeros años de la niñez, aunque se produce la metamorfosis somática de la pubertad — aceleración del crecimiento y aparición de los caracteres sexuales secundarios — no se presenta ninguna transformación anímica comparable con los fenómenos de la adolescencia.

c) El largo **período de la edad adulta** comienza entre los 20 y los 24 años, a menudo con una crisis, que SCHWÉING llama la *pubertad del adulto*, acompañada incluso de cambios somáticos (como la aparición de las muelas del juicio). La personalidad del adulto ya no tiene el carácter preparatorio ni de metamorfosis de transición; sin embargo, en su transcurso se operan cambios evolutivos cuya esencia es llevar a la personalidad a su plena forma diferenciada. CHARLOTTE BÜHLER divide la vida del adulto en tres fases: la primera que se puede identificar con la tercera pubertad de SCHMÉING, es experimentada como expansión, pero la vive el sujeto, más o menos implícitamente, como ensayo, como “actividad no especificada que se ejercita sobre el material vital”, sin el carácter de la determinación definitiva del propio modo de ser. La segunda fase, de la “especificación de la intención vital”, corresponde al apogeo de la personalidad, su estilo es el definitivo — como la concepción del mundo que abraza—, la eficiencia de la voluntad es óptima, con los mejores esfuerzos de rendimiento práctico: es la época de los frutos. La actividad eficaz frente a los hombres y las cosas predomina sobre el perfeccionamiento intrínseco. Este se logra, en las naturalezas con capacidad para ello, en la última fase, de “objetivación”, que en castellano tiene el apropiado nombre de edad madura, pues durante ella el hombre equilibrado puede alcanzar la más alta espiritualidad unida a la mayor cordura: la razón. Entonces persiste la actividad fruc-

tífera, pese a los renunciamentos que impone el destino, pero dominada y trascendida por el máximum de rigor, disciplina y perfección formal de que es capaz el sujeto, con las pasiones templadas y el propósito vigilante de servirse de su experiencia de la vida y del dominio logrado en las tareas de su preferencia para elevar los quilates del ser íntimo.

d) El **período de la senectud** se caracteriza por la mengua de las disposiciones para la vida activa, la pérdida de las ilusiones respecto a las cosas de la tierra y la propensión a ocuparse del pasado personal. Sin embargo, no siempre tiene sólo estas características negativas. En las personalidades vigorosas y de calidad — de aquellos ancianos de los cuales GRACIAN ha dicho “que al paso que van perdiendo los sentidos, van ganando el entendimiento, tienen el corazón sin pasiones y la cabeza sin ignorancias” — se manifiesta como última labor del espíritu una nueva síntesis, una recapitulación de las reflexiones más entrañables, una visión del cosmos en su conjunto, un último ademán de suprema serenidad y comprensión.

Toda descripción de los períodos del desenvolvimiento de la personalidad entraña el peligro de sugerir dos errores en cierto modo contrarios: el de pensar que se trata de un proceso lineal, ascendente hasta un punto y descendente después, y el de creer que las características de cada fase aparejan la eliminación definitiva de las cualidades de la anterior. Lo cierto está entre estos dos extremos. Como toda evolución, la de la personalidad es un proceso complejo en el cual lo nuevo de cada etapa entraña una síntesis, una integración estructural dinámica, a la vez progreso en una dirección y desmedro en otra u otras; incluso en las últimas etapas de la vida humana surge algo positivamente original, no todo es en ellas involución. Por otra parte, el color de

cada período se debe a que entonces nacen o se acentúan especialmente determinadas cualidades; pero esto no quiere decir que después desaparezcan totalmente. En el adolescente persiste no poco de lo característico del niño, y en el adulto no se borra lo que tuvo su esplendor en el joven. Con razón afirma MÜLLER-FREINFELS que hay eterna niñez y eterna juventud en los hombres; ciertamente no de igual entidad en todos, y no siempre como personalidad latente o reprimida: “Son interiormente ricos y amplios los hombres que no pierden las cualidades de las etapas previas de la existencia, sino que, en el doble sentido que Hegel da la palabra *aufheben*, a la vez las superan y las conservan”.

4.—DINÁMICA DE LA PERSONALIDAD Y FORMACION DEL CARÁCTER.

El examen del funcionamiento de la personalidad es una tarea forzosamente ilimitada, practicable desde muy diferentes puntos de vista. En primer lugar, se puede formar una idea de él atendiendo a las distintas funciones psíquicas que intervienen principalmente en la promoción de la vida activa y que, en general, por variar de un individuo a otro, son capaces de determinar el sello personal. Esto entraña una descripción prolija de las posibles diferenciaciones y acentuaciones de las diversas formas de actividad psíquica, especialmente de la vida instintivo-afectiva y de la voluntad, lo cual no puede ser expuesto sino en la extensión de todo un volumen. La obra de LERSCH corresponde típicamente a este criterio. Otro punto de vista es el del estudio de las constelaciones dinámico-estructurales que permiten separar caracteres más o menos determinados — lo cual, en rigor, es tema de la tipología. Un tercer criterio es el anexo a la consideración del dinamismo de la personalidad destacando la impor-

tancia de sus factores más activos en lo que atañe al efecto generador y configurador de la idiosincrasia. Siguiéndolo se corre el peligro de confundir la descripción de la economía de las fuerzas del carácter, tanto con la explicación de las condiciones y causas que la determinan, cuanto con el proceso mismo del desarrollo de la personalidad. Semejante confusión ocurre en las caracterologías populares psicoanalíticas e individual-psicológicas. Una manera más de entender la dinámica de la personalidad (intermedia en cierto modo entre la anterior y la siguiente) es la que atiende a la actualidad de los procesos anímicos como direcciones nacientes y suficientes. ALLPORT la ha adoptado y perfeccionado con el nombre de "autonomía funcional de los motivos". Los "motivos" — entendidos en un sentido muy amplio, que se confunde con el de "experiencia" y "acontecimiento" — son significativos por ser del momento presente: aunque nazcan de "motivos" anteriores, a los cuales sustituyen, son funcionalmente independientes de ellos. "La motivación es siempre contemporánea... La vida de un árbol es continua con la de su semilla, pero la semilla ya no sostiene y nutre al árbol plenamente desarrollado". Aquí se trata de una teoría general de la personalidad, de una especie de concepción epigenética de la vida anímica, no del simple camino que buscamos. Por último, el conjunto de la acción y los actos personales puede examinarse en función de los factores más importantes entre los que le dan forma y contenido inmediatos. Tal es el modo de ver la dinámica que seguimos aquí: la personalidad en movimiento, en su relación viva con lo que excita su actualidad y, por decirlo así, alienta y moldea sus disposiciones. Ciertamente, así es difícil eliminar del todo la confusión con el estudio genético del carácter. Pero, en principio, la distinción es clara: aquí tratamos de la formación

del carácter en el sentido de la actividad que le da forma y contenido material — forma y contenido que influyen no sólo en la dinámica actual sino en la del futuro—, y no en el sentido de analizar y comparar la influencia respectiva de los factores internos y externos en la génesis del carácter, de lo cual nos ocuparemos después.

A pesar de la delimitación de nuestro punto de vista, la dinámica de la personalidad no deja de ser asunto inacabable. Para no perdernos en un mar de generalidades sin substancia o de datos válidos sólo para ciertas variedades del carácter, concentraremos modestamente nuestra atención en algunos aspectos de las reacciones, de las acciones espontáneas y de los ideales, y su trascendencia en el proceso que acostumbramos llamar “caracteroplástico”.

1.º Los acontecimientos del ambiente que obran como estímulo sobre la vida anímica, provocan en ésta **reacciones** cuya naturaleza varía según las disposiciones individuales, los antecedentes y el conjunto de la situación. El acontecimiento puede ser mero hecho exterior, aunque el sujeto tenga conciencia de él, o una verdadera experiencia llena de resonancia subjetiva. Los acontecimientos que se aproximan a este último extremo provocan reacciones importantes desde el punto de vista de la economía del carácter. Pero la entidad del acontecimiento y la anexa a la reacción no dependen estrictamente de los hechos objetivos, sino en función de la manera como el sujeto es susceptible frente a ellos. Esto es, que las situaciones son relativas tanto a lo objetivo, cuanto a lo subjetivo. Por eso la variedad de las situaciones es inmensa, no sólo respecto a calidad y riqueza sino en cuanto a profundidad y consecuencias. Ningún psicólogo puede menos que aceptar lo que a este propósito afirma HARTMANN: “Nuestra vida humana, vista de cerca, no consiste en otra

cosa que en una ininterrumpida cadena de situaciones que vienen y se van, desde las circunstancias fugaces y casuales ligadas al instante hasta los vínculos más íntimos, decisivos y duraderos que encadenan el hombre al hombre. La vida colectiva e individual arraiga en ellas y se refleja en ellas. Son el terreno en que surgen y tienden a decidirse los conflictos. Son el contenido de la esperanza y el desengaño, de la exaltación y el sufrimiento, la plenitud del corazón y la impotencia". Cada individuo, a lo largo de toda su existencia, es impresionado de manera peculiar por los hechos de su ambiente propio. De esta manera sus disposiciones pasan de la potencialidad a la actualidad según una constelación y un contenido de experiencia específicamente correspondientes a las influencias externas. La dinámica de la personalidad — tensa o laxa, rica o pobre, armoniosa o desigual, con estas o aquellas direcciones — será en cierta proporción una respuesta al mundo circundante propio del sujeto, sobre todo a su mundo humano.

Pero las reacciones no sólo tienen la importancia de fenómeno actual que diferencia y estampa la vida anímica del individuo, no sólo su suma y sucesión histórica componen el contenido y los modos de manifestación del carácter; además de eso desempeñan a menudo el papel de principios o moldes de las reacciones futuras, especialmente en los niños y en los jóvenes. De ahí la importancia de las primeras impresiones en cada especie de experiencia de la realidad para el destino de las personas. Esta repercusión "prospectiva" de las reacciones fué ya claramente reconocida por HERBART y su escuela: "cada reacción, una vez provocada por lo externo, guarda una determinada autonomía en el alma, una existencia en cierta forma y con cierto poder de mostrarse activa en el alma". En la actualidad, gracias al movimiento

psicoanalítico — que dió un alcance ya excesivo a las primeras experiencias del individuo y cuyos representantes a menudo atribuyen el carácter de causa a determinadas experiencias infantiles aparentemente eficaces cuando sólo son expresión de disposiciones innatas (acaso de personalidades anormales) y evolutivas—, nadie pone en duda lo esencial de la proposición herbartiana: que gracias a ciertos acontecimientos o a la repetición de especiales influencias del medio, el sujeto adquiere determinada actitud que le predispone a vivir y conformar su comercio con el mundo bajo la especie y según las exigencias respectivas.

BURLOUD incluye estos hechos, así como la conversión de las formas percibidas en formas que perciben (después de ver varios objetos de la misma especie se adquiere el esquema correspondiente para identificarlos) y hasta algunos modos elementales de aprendizaje (a fuerza de oír cantar una melodía, aunque sea en tonos diferentes, me hago capaz de cantarla yo mismo), en un principio general que denomina de la “asimilación subjetiva”. Según su definición, “toda forma sentida, percibida o pensada puede ser asimilada por el sujeto y convertida en una tendencia formatriz, en un esquema de acción”. De este modo, “una combinación objetiva de cualidades formales más o menos realizadas a menudo, hace nacer una forma dinámica, una tendencia nueva. Gracias a este proceso, nuestras inclinaciones primitivas, en particular nuestras inclinaciones innatas, se complican y se diferencian”. Esta última indicación tiene valor, pues, por una parte, ni las imágenes originadas por los estímulos ni los estados afectivos, como estados, son lo determinativo, lo dinamogénico, sino la tendencia, el acto intencional o dirigido por una intención, y por otra parte, la fuerza de la asimilación subjetiva no dimana del contenido tomado de fue-

ra sino de la disposición psicodinámica individual. De ahí que dos sujetos, *ceteris paribus*, reaccionen a menudo de manera muy diferente ante la misma situación o que uno reaccione con efecto formativo y el otro no. La actitud personal reactiva recibe el sello de la experiencia vivida, pero no el primer impulso; éste procede de las propensiones que inclinan originalmente hacia categorías de objetos o de actos cuyo común denominador es la capacidad de satisfacerla.

2.º Al conjunto de la acción pertenece la actividad reactiva, cuyo dominio aumenta con la edad. La que consideramos en seguida es principalmente la **acción espontánea**, cuyas manifestaciones enriquecen también secundariamente la composición del carácter por el proceso del hábito y en general de los actos más o menos automáticos. Esto es, que la actividad espontánea, como la reactiva, tiene dos aspectos o momentos en la dinámica propia del individuo: el primero está constituido por los movimientos originales de la personalidad, voluntarios o no, que dan a la conducta la nota de novedad y frescura, y en los cuales el sujeto puede vivirse a sí como agente libre y creador; el otro aspecto consiste en que la actividad una vez espontánea, al repetirse, se hace gradualmente automática — sin que esto quiera decir que sea comparable a los movimientos de un autómeta —, y acrecienta así el conjunto de resortes disponibles del carácter. Con esto aumenta también la estabilidad de su equilibrio dinámico, pero este equilibrio no depende sólo del predominio de las disposiciones ejercitadas, sino también de una actitud o facultad íntima, superior a las tensiones actuales y a la multiplicidad de las adquisiciones en el tiempo. A pesar de repetirse situaciones semejantes o típicas y, frente a ellas, modos de comportamiento también semejantes o típicos, no deja de manifestarse cierta espontaneidad en el ejercicio del

dente sobre todo en el comercio social. Aunque el individuo con su mundo de cada instante, por lo cual las circunstancias y la acción tienen siempre algo de únicas. Esto es evidente sobre todo en el comercio social. Aunque el individuo en sociedad afronta situaciones determinadas — tanto más determinadas cuanto más íntimo, especial y homogéneo es el grupo humano en cuestión—, de manera inmediata se produce cada vez con cada una de las personas una situación peculiar por excelencia, que es de actitudes, valoraciones, propósitos y actos concretos, perfectamente individualizado, relación en la cual capta o cree captar no sólo lo externo de los demás sino actitudes, valoraciones, propósitos y actos íntimos dirigidos a él mismo; una relación plena y precisa de lo personal con lo personal, de la personalidad única con las personalidades únicas. Así, concretándose, se revela la forma dinámica de expresión de lo espontáneo e idiosincrásico en el condicionamiento de la situación.

El ejercicio de la acción espontánea, a diferencia de las meras reacciones, concentra y configura como un todo la vida anímica germinante y difusa, plasmando el modo de ser empírico de cada hombre, su carácter, con las virtualidades de su personalidad. Gracias a tal ejercicio, las mismas tensiones y tendencias opuestas de la vida anímica personal pueden ser superadas en forma de integraciones eficaces, de nuevas y más libres actitudes. Como lo ha reconocido la sabiduría de todos los tiempos, el vencimiento y la represión de las tendencias instintivas es lo esencial en la dinámica de la personalidad y en la formación del carácter. “Pues la inhibición es precisamente sólo el medio de liberar las fuerzas para los fines positivos” (STERN). De ahí que dentro de la acción espontánea las operaciones de la voluntad se destacan como eminentemente caracteroplásticas; se destacan

no sólo en cuanto los motivos ocasionales pueden constituirse en condiciones directivas y propulsoras de nuevos actos, formando parte de las adquisiciones durables del carácter, (6) sino, principalmente, por la disposición para la responsabilidad, inherente a todo querer libre, como lo prueban las investigaciones de АЧН. Según su definición, la disposición para la responsabilidad es la propia “del hombre inclinado a tomar sobre sí las consecuencias objetivas de sus acciones, a identificarse con ellas”, constituye la “propiedad más amplia y valiosa del carácter, el medio principal de la formación de la voluntad y del carácter”. La conciencia de la libertad es un hecho que vive todo hombre, incluso el materialista negador de la libertad en general, y con ella se constituye implícitamente otra realidad psicológica: la convicción de ser responsable de las propias acciones, que obra a su vez — ora conscientemente ora subconscientemente — como acicate poderoso y decisivo en la actuación personal, venciendo la inercia y las flaquezas de la carne.

3.º Los **ideales** constituyen fuente substancial de estímulo y dirección para la dinámica de la personalidad y la consolidación del carácter. En general, es inherente a la personalidad el enlace del mundo real con el mundo ideal. Difícilmente hay acción, y hasta reacción, que no sea claramente determinada tanto por el ser de los objetos cuanto por su valor. Más aún, el valor es esencialmente dinamogénico, es estímulo y meta de las tendencias. El hombre sólo persigue lo que entraña valores positivos y sólo evita los valores negativos o los valores positivos inferiores por preferir los superiores. Por otra parte, las tendencias, la voluntad, la acción son actos reales y vividos como reales aunque sean

(6) Vide “Psicología general y psicopatología de la voluntad”. *Revista de Neuro-Psiquiatría*, 1939, N.º 1, pp. 12-13.

promovidos por lo ideal. Pero lo que interesa considerar en relación con nuestro asunto no es toda la esfera de las esencias o ideas, sino los ideales, concebidos y abrazados más o menos explícitamente por el sujeto, cuyo contenido es la imagen de lo que debe ser el hombre. Los hay alcanzables y quiméricos, bajos y elevados, de significación transitoria o permanente, adecuados y no adecuados a la fase del desenvolvimiento de la personalidad, arraigados en la propia idiosincrasia y adventicios, auténticos y falsos. Se podría alargar más la lista de las variedades. Sólo nos referimos especialmente a un par: los ideales transitivos y los reflexivos. Los primeros representan lo óptimo de la vida humana en general; son admirados y anhelados como meta espiritual objetiva más o menos abstracta, universal y lejana. Los últimos figuran el desiderátum personal, son el acicate de las aspiraciones que el sujeto tiende a convertir en programa o plan de su propia existencia. Los ideales, cualquiera que sea su cualidad intrínseca, son realmente formativos si el sujeto los vive no sólo contemplativamente como formas superiores de la vida espiritual del hombre, sino activamente, con fé, como asunción subjetiva, como tarea actual. En algunas naturalezas débiles es más eficaz la adhesión a un ideal aunque sea infantil o meramente inculcado, que la pérdida del mismo. Mas en general, la fuerza germinativa de los ideales depende tanto de su pertinencia respecto a la situación y las posibilidades personales, cuanto del desenvolvimiento de la estimativa con el pábulo de auténticos valores. Aunque toda sana formación de ideales supone selección e integración de valores en un movimiento progresivo — vencedor de lo que sólo es inercia de la adhesiones y preferencias previas—, es provechosa para el carácter si, además de esto, guarda proporción con la metamorfosis que va operando en él y, en úl-

timo análisis, con las disposiciones y aptitudes efectivas del individuo. De esto no hay que concluir que los ideales de la mayoría deban ser pegados a tierra, utilitarios, pues “en lo inútil como tal el hombre alcanza la justificación de su existencia, su aspiración y su penuria — ya que ambas nunca son lo último — así como sus pretensiones frente a la vida. Ahí da su antropodicea” (HARTMANN).

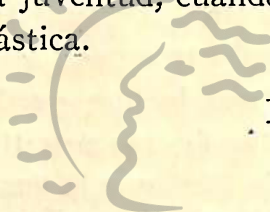
Los ideales que se hacen fuerza viva del carácter son inseparables, por una parte, de las concepciones del mundo y, por otra, del cariño personal, con cuyas esferas se confunde la suya en gradación insensible. Las **concepciones del mundo** — cada cual tiene la suya — no son doctrina que el hombre escoge y compone al azar de las circunstancias y sólo por el ministerio de su actividad intelectual. Cuando son realmente personales, cristalizan y se adueñan del espíritu en virtud de potentes afinidades de lo más profundo del ser, y el ejercicio de la vida activa las pone a prueba y tiende a la incorporación práctica de sus consecuencias: JASPERS define sus dos aspectos esenciales, de expresión efectiva y entrañable de la personalidad, y de imágenes objetivas racionalmente formadas, exigencias intelectuales que el sujeto exterioriza, aplica y utiliza como justificación. “Cuando hablamos de concepciones del mundo — dice — nos referimos a ideas, a lo último y total del hombre tanto subjetivamente como experiencia vivida y fuerza de convicción, cuanto objetivamente como mundo de pensamiento configurado de manera concreta”. “Las concepciones del mundo son ciertamente formaciones racionales cuando se formulan en las filosofías, pero no nacen por simple vía racional. Las concepciones del mundo sólo son realizables prácticamente, susceptibles de ser experimentadas y rebatidas. Todo lo teórico es sólo objetivación de algo que previamente fué actuali-

dad viva o movimiento puramente intelectual y sin substancia. La vida es totalidad, todo lo teórico se mueve en fragmentos bajo las suposiciones, que no sólo tienen origen teórico”. Según esto, lo importante de las concepciones del mundo para la dinámica de la personalidad y la formación del carácter es su cimiento subjetivo más que las nociones y el saber objetivamente válido, si bien esto último de ningún modo es indiferente, pues constituye el medio de expresión y el sentido de la actividad anímica. Cuando la concepción del mundo deja de ser una convicción viva, queda en la mente como simple construcción yerta y vacía, sin vigor para incitar eficazmente los movimientos de la personalidad. El tono personal de la concepción del mundo depende, pues, de la fé que la anima, la cual es militante mientras constituye un proceso en marcha, dirigido hacia algo que el sujeto experimenta como absoluto. “La fé es y será un riesgo, y en el fondo siempre es fé ciega” (HARTMANN). En conclusión, es un aspecto importante del “ethos” de una persona el sistema de ideas según el cual afronta la realidad. GORDON está en lo cierto al afirmar que “al hombre le es posible amoldar el aspecto espiritual de su personalidad de acuerdo con la filosofía de la vida que haya adoptado y, por consiguiente, adquirir esa organización del sentimiento y la fé con relación al universo, que es lo único que permite a la personalidad ser eficiente, completa y satisfecha”.

El individuo humano vive incluído en la sociedad; es fondo importante de su experiencia de todo momento el ser miembro de una familia, de un grupo de amigos, de una clase social, de un círculo profesional, de una patria, con su realidad y su espiritualidad peculiares. Esta comunión de las almas tiene un aspecto particularmente significativo para la formación del carácter: el **cariño personal** cuya esencia, re-

conocida ya por los filósofos antiguos, ha sido analizada de manera penetrante por HARTMANN, a quien seguimos en nuestra breve exposición del asunto. Este afecto, que constituye el vínculo trascendente entre los hombres, es poderoso por que arraiga en lo más profundo de la vida anímica. Gracias a su manifestación el sujeto revela aspectos — a menudo los mejores — de su ser, que de otra suerte quedarían latentes. Esto, unido al poder de llegar a lo hondo del alma ajena y de percibir sus más altos valores y posibilidades de valor, hace del cariño o amor un agente poderoso para formar y desplegar los ideales, para fomentar el desarrollo de lo más eminente de la personalidad. El cariño, a menudo ciego para los valores manifiestos, tiene, por decirlo así, ojos iluminadores, pues la intuición emocional con que se actualiza revela en el objeto amado lo recóndito e ideal de su personalidad, valores que incluso pueden ser contrarios a los empíricos y ostensibles (acaso negativos). Piénsese, por ejemplo, en el cariño de la madre, a la vez adivinador de cualidades que medrarán más tarde y ciego para defectos del hijo, evidentes para los demás. La situación amorosa tiene una vida con su ley propia, por encima del ser concreto de las personas que une, “nacida de la compenetración axiológica de dos puros complejos de valor con sus respectivas tendencias privilegiadas”. El cariño tiende a despertar y a poner a su servicio todas las fuerzas espirituales de que es capaz el sujeto, con lo cual puede lograr acciones y transformaciones en concordancia con el ideal que descubre y acusa la persona determinativa, que “intuye lo perfecto en la imperfección”. Dicho de otro modo, la relación amorosa creadora consigue, como muy pocas influencias de otra clase, aproximar efectivamente a su valor, a su quilate máximo, la personalidad empírica: es como una fuerza fecundante y

promotora de metamorfosis en el sentido del perfeccionamiento. Es claro que el cariño no siempre y en todos los sujetos obra de esta manera, sobre todo si intervienen graves ilusiones y errores tímicos en las relaciones personales. Por otra parte, no es raro que el dominio tiránico de algunos valores generales (no personales) suplante al verdadero valor potencial de la personalidad, frustrando el desarrollo del "ethos" en germen. Entonces el sujeto, en cierto modo, resulta desleal consigo mismo, con el ser que debería ser, y el cariño, un factor de adulteración. Apenas es necesario agregar que las mayores consecuencias caracteroplásticas de las vicisitudes del amor, como de los ideales, tienen su oportunidad en la niñez y la juventud, cuando la personalidad es más receptiva y más plástica.



HONORIO DELGADO.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»
